

# La reforma de "Los Sucesos"

Anunciamos que nuestras reformas producirían sorpresa, y así ha sucedido. Todos los que nos han escrito y nos han hablado de la reforma del periódico, coinciden en la misma impresión de sorpresa: todos esperaban algo; ninguno esperaba tanto. Y lo mismo que al público, ha sorprendido a los periodistas, los cuales nunca se figuraron que pudiera hacerse un periódico tan espléndido por diez céntimos.

El público lo deseaba, y ha manifestado su agrado del modo más elocuente: comprando el periódico. De todas partes nos han pedido más ejemplares, y en Madrid se agotaron todos antes del medio día del sábado, y hubo que hacer nueva tirada para el domingo, en cuyo día siguió vendiéndose extraordinariamente.

Nos halaga este resultado, tanto más cuanto que ha obedecido exclusivamente a la bondad de la obra, no a propagandas y anuncios llamativos, que no hemos hecho.

Ni un solo corresponsal podrá decir que le hemos escrito habiéndole de esto; la primera noticia la han tenido al recibir el periódico. Y en cuanto a Madrid, nos hemos limitado a anunciar en la Prensa diaria, veinticuatro horas antes, la novedad que ofrecía el periódico.

Este rasgo de confianza, ó si se quiere, de orgullo, ha sido coronado por el éxito, en la proporción que deseábamos, para cumplir todo nuestro programa, que consiste en hacer el periódico ilustrado más interesante y más barato de España.

Anunciamos que la reforma sorprendería. Y ha sorprendido. Anunciamos ahora que nuestras iniciativas sorprenderán. ¡Y sorprenderán!!

## Cosas del teatro.

### AL QUE NO QUIERE OPERETAS, SIETE ARREGLOS

¡La que han armado á estas horas nuestros distinguidos y ya maduros amigos Renato, Conde de Luxemburgo y la opulenta jamaica y alegre viuda doña Lauria no sé cuántos!

Nada menos que las batalladoras germanías valencianas han resucitado ahora, para oponerse al despotismo de Lleó, mantenedor de las operetas con "chass chass", "ensueños" de la "Dulce alianza" y una barbaridad, ó varias barbaridades de pesetas en las liquidaciones trimestrales. Que es donde duele.

El maestro Serrano, el maestro Barrera, el maestro Penella y otros maestros, hasta el número de 13, que no son precisamente los cantores de Nuremberg, han fulminado la más enérgica de las excomuniones contra la opereta y los opereteros. ¡"Anathema sit!"

Bueno. ¿Y saben ustedes qué hay en el fondo de esta nunca vista y descomunal batalla melopéyica? Pues una pequeña cuestión de rivalidad local.

Lo que separa á Lleó y á Serrano hasta ponerlos frente á frente y en disposición de atravesarse los trimestres, no es más que la aspiración común de ambos á dos al brillante cargo de profeta mayor de Ruzafa.

Se lo hemos oído al mismo Lleó, entre chupá y chupá de un chicote de "á" cero quince, porque á la hora de hacer estas confesiones no le veía nadie más que el repórter.

—Si está más claro que el agua. Serrano y yo hemos salido casi al mismo tiempo de Valencia; hemos pe-

leado los mismos años con igual denuevo; hemos triunfado casi al mismo tiempo; él ha hecho cosas muy bonitas; negarlo sería negar la luz al sol; pero yo he ganado más dinero. Y esta es la pelea. ¿Quién representa más en Valencia? Y que esto no es, en último término, más que una rivalidad local, lo prueba que los cabecillas del ejército enemigo son valencianos: Serrano, Barrera, Penella.

—Exacto. Y del lado de acá, Lleó y Foglietti.

—Claretti. "Dios, justicia y germanía".

—¿Y usted qué piensa hacer, Visentico?

—Continuar riéndome. La reunión del otro día no tiene ningún valor ni eficacia. Los reunidos no llevaron á ella otra significación ni apoyo que la suya propia. Para que sus acuerdos tuviesen eficacia, necesitaban la adhesión de los libretistas... y ¡qué más quisiera yo sino que se la prestaran!

—¿Cómo?

—Es muy sencillo. Por el contrato de cesión del derecho de reproducir los materiales de orquesta de todas mis obras, que yo hice al señor Fis-cowich, como todos los músicos menos Chapí, estos ligados al Archivo de la Sociedad de Autores, y ésta obligada á facilitar todos los materiales de mis obras que sean necesarios. Fí-gúrese usted que la Sociedad hace suyo el acuerdo "pour rire" de los trece soldados de las tropas de Serrano, Barrera and Penella Limited..., y que llega un momento en que niega material de alguna obra mía... ¡Qué más querría yo! El mismo día que tal ocurriese, quedaba desligado de la Sociedad, pasaba mi archivo á ser mío, y con mis doscientos actos por delante, las operetas que tanto dan que rabi-ár á un lado y las que darán lo otro al otro, ¿quién me iba á toser?... "Y la imaginación proyectando", como dicen en "El genio alegre".

Además, que en esta actitud de ahora hay una sombra de insidia, pues parece como que se quiere dar á entender á la gente que yo he dado de mano las obras españolas para dedicarme exclusivamente á poner extranjeras, y no hay nada más lejos de la verdad.

Precisamente, para desmentir estas habladurías, he querido que toda la música de "Los huéspedes del Kaiser" sea mía, y no la de Kalmann que tiene el libretto húngaro.

Además, estoy terminando las corcheas de una obra en un acto, de Ar-niches y García Alvarez, que se titula "El cuarteto Pons", y llevo muy adelantadas las de "La veda del amor" de Perrín y Palacios, y están al caer las de "Los borregos", de Viérgol... "Para que se me vengan con acuerdos".

Y para cuando el público se canse de estas obras, y mientras llegan otras... tengo compradas cinco operetas de P P y cuádruple W, ó si se quiere, y como son austriacas, de quinientas enes, ochocientos haches y cinco millones de jotas.

Y para cambiar de idioma, porque aquí "hay de todo, caballeros", tengo otra francesa, aunque con música alemana la vertedura musical de "La dame de cher Maxim".

Conque, vengán excomuniones.

Condenado estoy á muerte;

yo me río.

Y de vez en cuando canto como los chicos:

Rabía, rabíña

que tengo una piña...

Y aquí acaba la interviú.

ALEJANDRO

## A los fotógrafos.

Como siempre, seguimos pagando todas las fotografías y retratos de actualidad que nos envíen y publiquemos.

Ahora, como siempre, este periódico no tiene preferencias por ningún asunto determinado. Basta que la fotografía sea interesante.

## SIGUIENDO EL RASTRO

# El lotero que se fugó y se ha presentado.

Todo acontecimiento ó suceso ruidoso y emocionante tiene, pasado el primer momento, y después que lo han apurado los periódicos diarios, una segunda parte que no llega al público. Es algo íntimo, algo quizás más interesante y tierno que el mismo hecho en sí, y que queda entre las sombras.

Pasada la actualidad, la figura del héroe de ella, que es flor de un día, pierde su relieve y se oscurece para el mundo hasta estumarse en las lejanías del olvido. Y el lector, al cabo del tiempo, recordando las emociones de unas horas, suele preguntarse intrigado:

—¿Qué habrá sido de él? ¿Curó de sus heridas? ¿Moriría al fin? ¿Andará errante? ¿Estará en presidio? ¿Qué motivos tendría para obrar como obró?... ¿Fue un malvado ó sería en realidad un hombre honrado?...

A resolver esas dudas tiene la sección ésta, que titularemos "Siguiendo el rastro", porque es el título que mejor traduce esa idea.

Y la empezamos con una figura muy interesante, con la del conocidísimo y popular ex administrador de la Lotería, número 15 de la calle de Hortaleza, D. Manuel Llorente, del cual ya saben nuestros lectores que se presentó días atrás espontáneamente, después de estar un año en el extranjero, escondido y errante, huyendo de la justicia española por el desfalco de 200.000 pesetas que se observó en su Lotería.

Don Manuel es el tipo cabal del hombre modesto, laborioso é ingenuo, que lucha por la vida con la honradez por bandera.

No hay más que oírle hablar para llegar al fondo de su conciencia recta y amplia.

—Yo estuve de dependiente en la Administración de Loterías del Sr. Alvarez, hasta que, ayudado por mis amigos, que saben lo que yo soy, tomé con dinero prestado y que pude pagar á fuerza de muchos sacrificios, la Lotería de la calle de Hortaleza.

Estaba desacreditada y no era negocio en aquella época. Pero yo con fe y constancia, trabajando sin descanso y anunciándola en los periódicos, logré acreditarla.

Cumplí mis compromisos y pude ir criando á mis hijos, porque debo advertirle á usted que he tenido veintidós.

—¡Don Manuel!...

—Sí, señor. Veintidós, pero no me viven más que seis, el menor de nueve años. Cuando ya me desligué de compromisos, mejoré el local, aumenté la dependencia y busqué corresponsales fuera de Madrid, para ampliar mucho más el negocio. Mi Lotería, como sabe todo Madrid, era la que más vendía. Yo ingresaba todos los meses más de un millón de pesetas en las Arcas del Tesoro, y por Navidad me llegaba á despachar billetes por valor de cinco millones. Pero como la comisión es poca, y yo tenía también que darles á mis corresponsales de provincias, y gastaba en reclamos, correos y en un escribiente exclusivamente dedicado á estas operaciones, la ganancia era muy relativa.

Sin embargo, bastaba para sostener decentemente á mi familia y educar á mis pobres hijos. Bastaba, sí, señor, y podía tener cuentas corrientes en varios establecimientos de Crédito y Casas de Banca, que daban á mi firma un valor ilimitado.

Mi cariñosa y desgraciada mujer, que ha muerto del corazón por efecto de esta horrible "hecatombe", dijo con la voz velada por la emoción y los ojos bañados por las lágrimas, se hallaba muy delicada siempre. El médico me repetía que había que lle-



varla al campo. Pero ¿cómo si yo no podía abandonar la Lotería?... Una casualidad me dió la solución.

Me ofrecieron baratísima, casi regalada, una magnífica posesión de recreo que había en Pozuelo. La adquirí en inmejorables condiciones, y llevé allí a la enferma. Crean que me creí feliz.

Pero cuando todo marchaba mejor, recibo una orden de que sin pérdida de tiempo, liquidara con el Tesoro. Siempre para eso nos habían dado un plazo convencional, y ¡cosa extraña! aquella vez la orden era perentoria y terminante. Busqué influencias para dilatarla breves días, seguro de arreglar mis cuentas, y me dijeron que no había prórroga posible. ¡No parecía sino que se deseaba la Lotería para dárse-la a algún pariente del ministro!

Traté de aprovechar las horas, y acudí a los establecimientos de Crédito, contando lo que me ocurría. Y ¡otra decepción mayor!... Ninguno me quiso ayudar. ¿Qué maldición había caído sobre mí... Me quedé frío, atollado, sin saber qué hacer. Para postre, un amigo consejero, de esos que entenebrece más la situación de las personas, me aterraba con el recuerdo del Código... ¡Catorce años de presidio!... ¡Huye, Manuel, huye!

Le creí y me marché... ¡Qué horas las del proscrito!... ¡Qué angustias las del desterrado!... Diga usted que mi familia no me dejó solo ni un momento, y que aun en el extranjero, procuraba que uno de mis hijos estuviera siempre a mi lado, porque si no!

—Hubiera usted hecho mal. Esto son accidentes, vicisitudes del hombre de negocios...

—Yo pagaré mi deuda. Soy honrado y he querido volver por mi fama y por mi honradez. Quiero ser el D. Manuel Llorente de siempre. Y crea usted que lo seré.

Nos habló de desmoches que se han hecho en su hermoso hotel de Pozuelo, embargado por la justicia; de un hijo que tiene en América y que no se portó muy bien en aquellas circunstancias de la educación envidiable del pueblo bajo en otras naciones, y de otras cosas que no son del caso.

Pero nada tan grato en D. Manuel Llorente como su alma de niño y el aire de modestia que respira, y que le hace exclamar a uno:

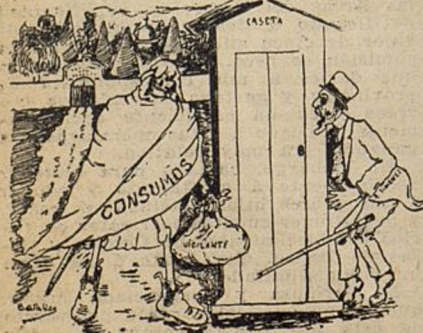
—Este hombre es bueno... ¡Este hombre es incapaz de mentir!

FEDERICO HERRERA

## La vida en broma.

### EL FANTASMA DE LOS MADRILEÑOS

Los pueblos, como los individuos, tienen sus pesadillas. ¿Quién no ha sufrido el fantasma del sastre, del casero, del prestamista ó de la suegra?...



Pues lo mismo les ocurre a los pueblos, sobre todo a los pueblos que como poco, como es el nuestro. En Madrid hay actualmente una pe-

sadilla, aparte de Tórtola de Valencia y de otras artistas de variedades, que ya se van poniendo bastante pesadillas. En estos momentos, la corte del oso, dicho sea sin ofensa para nadie—porque yo no sé por quién se dice eso del oso—padece la pesadilla de los Consumos.

El fantasma horrible del odioso impuesto que unas veces con pretexto de las Inspecciones sanitarias y otras con el de las pesas y medidas aparece en los alrededores de la población, nos tiene aterrados a todos, Ruiz Ji-



ménez, el primero, a pesar de sus borlas de alcalde.

Ya lo hemos visto surgir varias veces como un cadáver que abandona su tumba y quiere, pincho en ristre, volver a registrarnos la maleta a la entrada. El pánico que cada vez se apodera de nosotros es parecido al que sentimos cuando oímos decir:

—¡Que viene Lacierva!...

Porque Lacierva es para los españoles otro fantasma que también asoma la oreja cada cuatro días en el Congreso. Ahora que lo que pasa en el Congreso no suele interesar, por regla general, al país ni a nadie. Es otro mundo distinto al nuestro, un mundo en el que nadie cree porque en él todo es mentira. Y mientras el fantasma conservador no salga del Parlamento y se pasee por España, no hay por qué sentir miedo.

Con el de los Consumos nos pasa lo mismo. Nos afecta y preocupa hondamente, y hay que perseguirlo sin descanso, hasta aniquilarlo. Sin embargo, yo tengo fe en nuestro Municipio, única cosa que me atrevo a tener allí. Y tengo fe porque veo a cada paso, claro que dando con mucho cuidado los pasos para no caerme en un bache!, que el Ayuntamiento, a pesar de no tener dinero—cosa que ya saben que agria los genios—es un Municipio dulce, paternal y chirigotero, no obstante alojar en su seno un "Quejido", que a veces llega al alma.

¿Qué necesitará este pueblo que el no se apresure a con-

cedérselo?... Molestaban los Consumos y quitó los Consumos. Vió que la corte no tenía más que diez y ocho ó veinte bandas de música, quinientos organillos por las calles y unas cuantas orquestas de ciegos, y dijo:

—¡Madrid está triste, inarmónico! Necesita una música que de con-

cretos a peseta la entrada! Y creó la banda municipal. Sin perjuicio de que, pareciéndole eso poco, admitiera todavía dos trompetas más (D. Eduardo y D. Enrique) en su seno.

Se observa también que Madrid carece de teatros, porque no tiene más que unos veintiocho, que se llenan alguno que otro domingo, y en seguida, sin acabar la Necrópoli ni el Matadero, levantan un coliseo en el Parque del Retiro. El objeto es divertir al pueblo, desentristecerle, y de paso sacarle, indirectamente, el dinero.

El plan es bonito, ingenioso y de

novísima ciencia administrativa. Yo creo que el Ayuntamiento ha dado en el "quid"... La música y el teatro son dos armas admirables y simpáticas para sacar dinero. Y la prueba es que se recurre siempre a ellas cuando hay una calamidad pública y precisa recaudar fondos. Es así que la situación económica del Erario municipal es angustiosa, luego hay que organizar funciones benéficas y recurrir a la música y al teatro.

Lo que importa es que sepa aprovechar ambos elementos. En mi opinión, puede utilizar la banda para cobrar los impuestos, sobre todo el de inquilinato, dando conciertos a la puerta de los morosos. ¡La música domesticada las fieras!

Y utilizar el teatro para celebrar las sesiones, intercalando asuntos del personal, que siempre son de gran espectáculo; cobrando la entrada y dando en los intermedios un buen cuadro de Compañía formado por los empleados que sobran en sus oficinas.

El verano va a ser feliz. Sólo me aterra de esas veladas de-  
liciosas una idea. La salida.

¡Cuánta gente al volver a sus domicilios, sin luz en las calles, hallará la muerte en los baches del trayecto!...

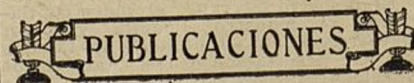
F. ROIG BATALLER

## La novela Arsenio Lupin.

Al cabo de cuatro años de haberse publicado en LOS SUCESOS, la está publicando estos días el "A. B. C."

Cuando nosotros la publicamos era completamente desconocida en España y aun en la misma Francia, puesto que compramos el derecho cuando el autor no la había terminado. Y según él iba escribiéndola, nuestro querido é inolvidable corresponsal en París, D. Francisco Sarmiento, la traducía y nos la enviaba.

Podríamos discutir el derecho del "A. B. C." a la publicación de esa novela, pero no lo hacemos porque nos halaga que periódico tan importante, venga a sancionar al cabo de cuatro años, la iniciativa de un periódico tan modesto como LOS SUCESOS, primero que dió a conocer en castellano, la famosa novela de Mr. Leblanc.



Carlos II y su corte, por Gabriel Maura Gamazo.—Gabriel Maura Gamazo acaba de publicar un nuevo libro: Carlos II y su corte. No necesitamos encarecer la personalidad intelectual de su autor. Por su cultura, por su estilo límpido y ático, por su independencia de criterio, Gabriel Maura ocupa un lugar distinguido en la nueva generación literaria de España. Carlos II y su corte se halla de venta en la librería de Francisco Beltrán, Príncipe, 16, Madrid, al precio de 15 pesetas el ejemplar.

Muy pronto reanudaremos la sección de "Pasatiempos", aplazada por falta de espacio.



# Don Jaime quiere casarse con una española.

Este ingenioso fantaseador jaimista, el Sr. Cirici Ventalló, nos ha obsequiado con el relato de unas cuantas intimidades del "Señor" en el órgano oficial del partido.

¿Cuánto hay de cierto y cuánto de fantasía en los cuentos jaimistas del amenísimo autor de "La República española en 1911..."? Desde luego se advierte que el propósito principal del Sr. Cirici Ventalló, es el de hacer propaganda de la simpatía de D. Jaime entre sus correligionarios.

D. Jaime es un hombre muy simpático. Eso lo sabemos todos. Y muy español. También estábamos en ese secreto, desde que se hizo pública aquella su española entrada en casa de Mella, al que despertó una mañana la inesperada visita de este príncipe jovial y campechano, que se le coló en la alcoba preguntándole goloso: —Oye, ¿Te da tu patrona cocido todos los días? Porque entonces me quedo a vivir en esta casa de huéspedes, mientras esté en Madrid.

Por lo que el Sr. Ventalló dice, se ve que los jaimistas están preocupados con la boda de su jefe. Siempre las alusiones han sido alimento barato. Hasta después de suprimido el impuesto de Consumos.

Hasta ahora, D. Jaime va sorteando hábilmente el difícil paso en que le quieren meter sus leales; se deja querer y no quiere a ninguna de las novias que le propone la oficiosidad de sus partidarios. Y la gente jaimista empieza a preguntarse preocupada, y curiosa la otra, si tiene horror al matrimonio este príncipe alegre y gentil que gusta más de las diversiones de la vida parisien que de los cuidados matrimoniales.

—No hay quien le "case" —me decía la otra tarde en el "Merendero del cojo" un conspicuo jaimista andaluz, sin que yo acertase a descifrar cuál de los dos terribles verbos sinónimos conjugaba mi ceciente amigo. —No hay quien le case.

Y, sin embargo, aparte aquellos desgraciados amores de D. Jaime con una princesa alemana, que nos ha referido el Sr. Ventalló, el heredero de D. Carlos ha pensado varias veces en el matrimonio y ha buscado la novia en España.

De una de aquellas se habló y se discutió larga y ruidosamente, no hace mucho tiempo, y no hay para qué repetir ahora lo que todos saben.

Del otro intento de boda se habló menos, acaso porque fué poco sabido. Don Jaime conoció en cierta ocasión, en Inglaterra, a una señorita de la aristocracia española, perteneciente a una de las más ilustres casas castellanas, que cuenta algunas testas coronadas en su ascendencia. D. Jaime prendóse de esta bella damita, y forjó un plan matrimonial, pero antes de que ella tuviese noticia de los sen-

timientos del primogénito de D. Carlos, tuvo D. Jaime la mala ocurrencia de confiar sus propósitos a algunos carlistas, que creyeron un desacato a la autoridad del "Señor" la boda con aquella señorita de una familia afecta a la dinastía reinante, fueron a Venecia con el cuento, é irritaron a D. Carlos de tal modo, que redujo a términos de inverosímil mezquindad, la pensión de su hijo, y éste se vió obligado a incorporarse a su regimien-

ofrecen a D. Jaime, cuando visitan París, sus respetos y su amistad particular, sin que ello signifique la menor traición a sus ideas ni afectos.) Pues a la dama de referencia, persona conocidísima y estimadísima en Madrid, le dijo D. Jaime:

—Marquesa—, supongamos que es marquesa—búscame una novia en España.

Es de advertir que D. Jaime concede el honor del tuteo a todas las personas que a él le dan tratamiento.

—Señor—, contestóle la dama—. No puede ser.

—¿Cómo que no? ¿Es que no hay en España mujeres dignas de mí, y que pudieran hacerme feliz?

—Ciertamente que las hay, señor; pero en vuestra situación debéis buscar esposa en otras alturas.

Es posible que la marquesa adujese otras razones; pero también lo es que D. Jaime no se dejase convencer, y terco, seguro y bien inspirado, repitiese:

—Pues si me caso ha de ser en España.



¿Es un capricho; es, aparte inclinaciones, una manera de manifestar sus propósitos pacíficos y quietistas? ¿Es D. Jaime un peligro para la paz interior de España? ¿Se prestaría a intentar una aventura guerrera por complacer a sus partidarios más inquietos e impacientes?

No; D. Jaime, por las referencias que de él hacen cuantos han tenido el honor de hablarle, es un hombre efusivo, cordial, franco, sin sinuosidades ni rezedos, que dice lo que piensa y piensa siempre noblemente.

Sobre todas las cosas, don Jaime es un hombre agradecido, y esta es la mejor de sus cualidades. El no olvida que la primera noticia de la muerte de su padre la tuvo por el sincero testimonio de condolencia expresado en un efusivo telegrama que cierto embajador le entregó una noche, en cierto amable piso cuarto de una casa no muy lujosa de París, después de estar buscando más de tres horas, por todas partes, al príncipe que estaba completamente ignorante no sólo de la muerte, sino aún de la enfermedad de su padre.

El personaje portador del telegrama, cumpliendo las órdenes que había recibido de un corazón noble, se puso incondicionalmente a las órdenes del príncipe, a quien visitaba la desgracia. Don Jaime agradeció profundamente aquella prueba de amistad y cariño, tanto más grande cuanto menos obligada, y cuando meses más tarde, por casualidad ó no, su automóvil se cruzó con otro en una carretera francesa, cerca de la frontera española, se detuvieron ambos vehículos y se apearon

to y a partir para la guerra, renunciando a sus proyectos de boda con aquella señorita, condesa, marquesa ó duquesa, de no sé qué.

Mas no a la idea de matrimoniar en España, que persiste en él, no obstante las pesquisas de sus partidarios en busca de una princesa extranjera con quien casarle. Como es sabido, las alemanas católicas son las preferidas por los jaimistas..., pero D. Jaime, que es hombre del mejor gusto, está por las españolas.

No hace mucho, cierta dama de la aristocracia madrileña—, marquesa, condesa ó duquesa, no importa el título, aunque sí consignar que es alfoncina—, visitó en París a D. Jaime. (El lector no debe extrañar el caso, muy frecuente, de personajes alfoncinos que



para saludarse los que los guiaban. Don Jaime dió en un cordial apretón de manos, una firme promesa de amistad y de paz.

Pocas noches después cenaban en un "apartamento", como dicen en las traducciones de cien pesetas los dos tomos, de un restaurant elegante de París, un español de significación en el mundo de los negocios y un francés que los tiene con él. En el departamento inmediato comían varios españoles, cuyas voces llegaban alegre y claramente a la otra habitación. En uno de sus zig zag, la charla hizo esquina en algún asunto serio, porque de pronto las voces hicieron graves y sólo llegaban al otro lado en confuso murmullo. Y fué en aquel momento cuando alzándose una voz reposada y firme, dió en español puro, mas con cierto acento extranjero:

—Yo no intentaré nada en España ni consentiré ninguna intenciona mientras mi primo ocupe el trono. Después, únicamente si la anarquía se adueña de España, yo haría un llamamiento a mis leales y al patriotismo de los españoles y reivindicaría mis derechos. Los comensales del que acababa de hablar pusieron a sus palabras el eloquente comentario de un largo silencio.

Y ahora, pregunta nuestra curiosidad insaciable: ¿Ha pensado alguna vez D. Jaime, enamorado de España, en venirse a vivir a ella? Sus promesas de paz; los afectos familiares tan gratos a quien vive solo; sus proyectos matrimoniales, y...

¿No les había dicho a ustedes que es posible que a estas horas haya llegado a algún despacho de abogado, conservador o liberal, una consulta sobre la posibilidad de intentar la reivindicación de los bienes que en España tenían y poseyeron los Borbones proscriptos?

Yo no sé si está o no a estas horas en Madrid la indicada consulta, ni menos puedo aventurar los términos en que sería evacuada, aunque sí imaginarme la perturbación que produciría, caso de prosperar, la demanda reivindicatoria de D. Jaime con el Retiro de Madrid, que él a su vez retornaría al pueblo, importantes bienes en Córdoba, Sevilla, Toledo, Badajoz, las Marías de Betanzos, Lourizán, etc.

¿La que se iba a armar! Antes de poner la firma quiero que te fijas, amigo lector, en que esta información no está escrita ni publicada el día de los Santos Inocentes; lo cual quiere decir, anticipándose a seguras rectificaciones, que no hay nada que rectificar en ella.

Aunque no les convenga a los señores de la otra acera.

ALEJANDRO PEREZ LUGIN

## ¡Sé bueno y te comerán!...

Cayóse un ángel del cielo y el golpe fué tan terrible, que al pobre le fué imposible alzar otra vez el vuelo.

Figúrese usted el dolor que el ángel debió sufrir al obligarse a vivir en este mundo traidor!...

Acostumbrado al regalo de la vida celestial, encontré aquí muy mal, porque este mundo es muy malo.

Horrorizado é intranquilo por todo lo que aquí pasa, se refugió en una casa en calidad de pupilo.

Y temiendo oír y ver miserias, llantos y penas, del cuarto salía apenas a las horas de comer.

Evitó el trato con seres cuyo contacto temía, y de los hombres huía igual que de las mujeres.

La honradez era su enseña, y, como ángel de candor, resultó el huésped mejor

que tuvo jamás la dueña.

Por lo mismo abusó al fin tantísimas veces de él, que el ángel, hecho un Luzbel, le armó la de San Quintín.

¡Claro! Caído del cielo todos, al verle tan blando, se iban con él propasando y hasta tomándole el pelo.

Aunque bueno, no hay paciencia que aguante a tanto importuno, y al fin le dió un palo a uno con la mayor "inocencia".

Extraño espantosamente aquel proceder al pronto, porque le juzgaban finto ó lo que es igual, decente.

Pero como el ángel vió que siendo así le iba mal, por instinto natural de medio a medio cambió.

Tornóse astuto, inconstante, cínico, ruin y valiente... ¡Yo lo encontré últimamente, hasta en un café cantante!

Engorrió desde aquel día, le atendían por doquiera y la zafia pupillera le mimaba y le temía.

De lo cual hay que inferir que, en este pícaro suelo, para medrar y vivir,

han de pegar y mentir ¡aun los ángeles del cielo!

RICARDO MOST

## Toros y toreros.

El domingo hubo un escándalo enorme en la Plaza de Madrid y calles "adyacentes" hasta la Puerta del Sol, porque salieron dos toros chicos.

Dejemos a un lado la cuestión "legal" de si reglamentariamente pudieron salir ó no. No debieron: esta es la sentencia justa.

Pero la manifestación del domingo es la millonésima vez que el público madrileño expresa su afición a los toros grandes, y este asunto es mucho más interesante que el otro de si Mosquera hizo bien ó hizo mal. Probablemente a estas horas, Mosquera, que es muy listo, y Retana, que se pasa, habrán preparado, para el festival próximo, una "tourada" de mucha carne, muchos cuernos y mucha mansedumbre, para que se jarte esta afición de ahora, partidaria decidida del caballo grande.

Bien está que nos opongamos a que pasen chotecillos como el sexto del otro día en corridas formales, y aun si ustedes quieren en las novilladas, aunque en este caso es muy discutible; pero, por Dios, no hagamos cuestión de gabinete el tamaño de los toros, porque, entonces, estamos perdidos.

¿Cómo deben ser los toros?

Toros. Sencillamente toros. Esto, y sólo esto, es lo que todo buen aficionado debe pedir.

Y ¿cuál es la garantía de la calidad de este género?

Nunca la medida que den los toros en esa talla imaginaria que se han fijado muchos aficionados, que sólo gozan cuando ven a los toreros de cabeza.

A un toro, antes de salir, no se le debe juzgar exclusivamente por el tamaño, sino por sus antecedentes "personales", de raza, de cuidados del ganadero, de historia... y nada más. Los mulos, exclusivamente mulos, son muy buenos para llevar cargas, mas no para la lidia.

Pequeños son los toros de Saltillo y de Muruve, y grandes... muchos que no queremos ver en nuestro ruedo ni de balde.

Quedamos, pues, en que, ni grande, ni chico, sino toro.

¿Viene? ¿No viene? Otra vez "Bombita", que tiene más afición a hacer remir por él las Prensas que un anunciante americano, ha vuelto a poner sobre el tapete, ahora en Salamanca, la cuestión de su contrato para la Plaza de Madrid. ¿Voy? ¿No voy?

Si, hombre, si. No se retrate, digo, no fastidie usted más. ¡Viene usted! ¡Viene usted!

Viene usted, porque a usted y a don Indalecio les hace falta... y porque si usted no viene van a decir que no lo hace usted por "reparo".

Vendrá usted. ¿No ha de venir? Ha llegado la hora de que le veamos el cuerpo al sujeto que, en la venta, ruje asomado a la ventana:

—¡Que bajo! ¡Que bajo!

—¡Baje usted ya, que aquí hay Pastores, y Gallitos, y Gaonás, y otros señores del gran mundo y del demi monde taurino que le esperan. Baje usted ya al terreno de la verdad, que es donde se ven los hombres.

Fotógrafo, cambie usted el objetivo a esa máquina, y póngale el de los toros.

DON PIO



Ayuntamiento de Madrid



# En busca de marido.

Un joven de familia muy rancia y linajuda,  
hizo el amor después á la opulenta viuda;  
era de sangre azul; directo descendiente  
de un gran conquistador del nuevo continente.

Entre sus mil abuelos pretende que tenía,  
al noble fundador de antigua dinastía,



y ante tan poderosa y muy noble razón.  
la viuda entregaría fortuna y corazón.

Por ver á la familia de su futuro esposo,  
futuro hay que llamarle, por no decir dudoso,  
allí fué á presentarse nuestra linda viudita...  
donde estaba aguardada con ansia su visita.

Todo lo encontró rancio; la gente, el aparato,  
los muebles eran rancios, rancio el perro y el gato,  
rancísimo el tufillo de la pobre cocina  
y muy rancio el ambiente de alcurnia tan divina.

Tomando la palabra el noble y gran señor,  
vanidoso le dijo cual quien vende un favor;  
con nuestra gran familia venís á emparentar,  
ya veis si es grande honor el que vais á alcanzar.

Vuestro pobre apellido, vulgar, plebeyo, obscuro,  
trocaréis por el nuestro, patricio, noble y puro;  
nuestro árbol genealógico tendrá sólo un borron,  
con esta tan forzada y desigual unión.

Mas ya que descendemos, por desgracia á otra esfera,  
seréis de un aristócrata la eterna compañera,  
y llevaréis un nombre de diez siglos oriundo,  
como ya quedan pocos, muy pocos en el mundo.

Cansada nuestra viuda de tontería tanta,  
interrumpe á su novio, gallarda se levanta,  
y mirando tranquila á la rancia reunión,  
les suelta altivamente la siguiente oración.

Desde luego renuncio á tantas distinciones.  
yo me quedo sin novio y usted sin mis millones,  
encuentro poco antigua vuestra genealogía,  
pues es casi moderna al lado de la mía.

Guardad los pergaminos; guardad vuestro abolengo,  
yo guardaré los míos, y el origen que tengo,  
mi árbol genealógico diez mil abuelos lleva,  
—¿Pues de quién descendéis?—Desciendo de Adán y Eva.



# EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

la estación de Londres, ya muda, silenciosa como buscando un momento de reposo a su agitación, al trabajo sin descanso de cerca de cuatro horas.

Al entrar en el andén, el jefe de estación pudo ver a través de las ventanillas, al mozo de comedor en actitud de avisar la llegada al viajero, el cual no había hecho movimiento alguno que indicara se preparaba a bajar del tren.

El misterioso viajero seguía sentado frente a la mesa llena de papeles y cartas, y permanecía inmóvil, como sumido en profunda meditación.

El jefe de estación de Londres, se avaluó presuroso hacia el coche-cama, en el momento en que el camarero salía a la plataforma, y le llamaba por su nombre.

—Señor Rue—exclamó—, tenga la bondad de venir corriendo.

El jefe de estación subió rápidamente al coche, y el joven camarero se agarró tembloroso a su brazo.

En pálido, anémico y delgado en todo tiempo, parecía en aquel momento un verdadero espectro.

—Pero qué demonio le pasa a usted?—le preguntó el jefe—. Está usted temblando.

—Hay algo de extraordinario, señor Rue; yo no sé lo que le pasa al pasajero del especial—replicó el joven con voz entrecortada—; le hablo y no me contesta; no me quiere mirar, y no sé; no sé, tampoco parece dormido. Hace una hora me pidió una copa de coñac que le dejase en paz que tenía que arreglar unos papeles.

El jefe de estación se acercó al viajero y le miró con fijeza. Los ojos del desconocido estaban completamente abiertos, pero había algo anormal, algo raro en aquella mirada.

—Ya hemos llegado, caballero; estamos en Londres.

El jefe se estremeció, dió un paso atrás, quedó atónito, y haciendo un esfuerzo, se dirigió al camarero.

—Corre las cortinillas, ¡que nadie salga del tren!—exclamó horrorizado.

—Avisa a la policía, y que nadie entre ni salga.

El camarero, que temblaba como una hoja agitada por el viento, obedeció.

El funcionario se retiró un par de pasos y lanzó un profundo suspiro. Se sentía como mareado, presentía algo grave. Miró de nuevo al viajero. No cabía duda, aquel hombre estaba muerto.

A la hora aquella había poquísima gente en la estación, y los pocos que había, eran despedidos por un par de enormes policías que hacían el servicio de la estación. Uno de ellos se colocó en la portezuela del coche, para no dejar entrar ni salir a nadie, mientras no volviera el jefe de estación, que había ido en busca de un médico.

Las pocas personas que había en la estación, preguntaban curiosas a la policía y a los empleados lo que ocurría.

Nadie podía figurarse lo que allí pasaba, nadie contestaba tampoco. Aquello era un misterio, un verdadero misterio.

Algunos intentaron echar una mirada por las ventanillas, otras preguntaban al maquinista, al guardafranco, a todos.

Al poco rato, el jefe de estación volvió a reaparecer acompañado de un médico. La gente se hizo a un lado y jefe y doctor entraron en el coche-salón.

El médico empezó a examinar al viajero.

Mister Hamilton Fynes, el misterioso personaje, estaba reclinado en el respaldo del asiento, con los brazos cruzados, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos abiertos y la mirada casi natural. Al poner el doctor la mano sobre su hombro, el cuerpo cedió como inanimado.

El médico tardó poco en convencerse de lo ocurrido.

—¿Está muerto?—preguntó el jefe de estación.

—Completamente muerto—contestó el médico.

—¡Qué horror! ¡Dios mío! ¡Qué horror!—repetía el jefe de estación.

El médico sacó un pañuelo, y con él cubrió la cara del muerto.

—Se moriría durmiendo. ¿No lo cree usted?—preguntó el jefe de estación.—Ha debido ser de repente; del corazón quizás.

El doctor no contestó.

Por un momento se quedó pensando.

Después le dijo al jefe de estación:

—Por de pronto, ponga aquí un par de policías, y que no se toque el cadáver. Voy a telefonar al Juzgado para que disponga el traslado del cuerpo.

—¿Qué piensa usted de esta muerte, doctor?

—Pues que este individuo no ha muerto de enfermedad del corazón, ni de ninguna otra. Este hombre ha sido asesinado!

El jefe de estación palideció y tembló horrorizado.

—¡Asesinado! ¡Asesinado! ¿Es posible? No, no puede ser. El maquinista, el fogonero, el guardafranco y el mozo de salón, son hombres de confianza; nadie ha podido entrar aquí. ¡Es imposible, imposible!

El era el único pasajero. ¿Asesinado? No, ¿quién puede haberle asesinado?

El médico levantó ligeramente la chaqueta del muerto, y el jefe de estación vió algo que le impresionó de tal manera, que poco faltó para que cayera desvanecido. Era un hombre fuerte, sano, pero no estaba acostumbrado a ver ciertas cosas, y lo que acababa de ver, le había trastornado.

En el andén, el grupo de personas aumentaba por momentos. Rostros curiosos se alargaban tratando de descubrir algo de lo que se les ocultaba, aplastándose contra los vidrios de las ventanillas.

—No lo dude usted un momento—replicó el doctor—. Este hombre ha sido asesinado, y no cabe ni siquiera pensar en la posibilidad del suicidio. Su propia mano no ha podido hacer esto. Es más, puedo figurarme, sin temor a equivocarme, cómo ha ocurrido. El asesino estaba escondido detrás del asiento, se incorporó, y por encima le dió la puñalada que le ha partido el corazón. No ha habido lucha, ni resistencia alguna. Ha estado diabólicamente hecho.

—Diabólicamente, en efecto, diabólicamente; esa es la palabra—, dijo con voz ronca y temblorosa el jefe de estación.

—Lo mejor será—, replicó el doctor—, que ponga usted a parte el tren especial, quitándolo de la vía, y llevarlo a un almacén, y que se telefonee al Juzgado y a la Jefatura de Policía. Conviene que no se toque nada de lo que aquí hay, y dejar los papeles tal y como están, hasta que venga la justicia, y que nadie se mueva de aquí. Probablemente el juez les tomará declaración.

El jefe de estación salió del coche y fué a dar las órdenes necesarias.

Al poco, el tren empezó a resbalar y fué a ocupar otra vía aparte, bajo un cobertizo del almacén.

Todas las puertas se cerraron cuidadosamente, y dos policías quedaron de guardia.

El médico y el jefe de estación se sentaron en uno de los asientos del coche-salón, y el doctor oyó de labios de su interlocutor todos los despachos y órdenes que había recibido con motivo del tren especial formado en Liverpool.

El camarero, que se pasaba de un

lado a otro, muerto de miedo, pálido y tembloroso, les sirvió unas copas de coñac. Luego hablaron los tres en voz muy baja, y el mozo les contaba los poquitos incidentes del viaje, que aparte del deseo mostrado por el viajero de hallarse completamente solo, no ofrecían interés alguno. Siguieron haciendo comentarios durante algún tiempo hasta que, unos golpeitos dados por una mano en el cristal de la ventanilla, les hizo levantarse, y el jefe de estación abrió la portezuela.

Un hombre alto y fornido, rubio, de tez encendida, ojos grises y vivos, sencilla, pero correctamente vestido, entró en el coche-salón.

Saludó al doctor mecánicamente, como un autómatas, y sus ojos perspicaces recorrieron el coche en un momento.

El mismo se presentó:

—Soy el inspector Jacks del Scotland Yard (1). Señores, traigo otro agente conmigo y deseo suba.

—Que suba al momento—replicó el jefe de estación—. He dejado aquí todo tal y como estaba, no se ha tocado nada. Me parece, señor inspector, que el asunto éste será difícilísimo de aclarar.

El segundo agente entró en el vagón.

Parecía que aunque toda la fuerza de agentes y policías de Inglaterra interviniera en el asunto, el enigma de aquel extraño asesinato quedaría sin resolver.

A cada pregunta y a cada respuesta, el ovillo se enredaba más y más; el misterio se hacía más impenetrable.

Los papeles que estaban en la mesa, delante del cadáver, no tenían importancia alguna. El maletín sólo contenía alguna ropa blanca, un par de mudas y algunos objetos de tocador: cepillos, jabón, nada fuera de lo ordinario y usual.

Registrado el cadáver, no se le encontró un solo papel en los bolsillos.

En una cartera de cuero, se le encontraron mil duros en billetes norteamericanos, mil doscientas cincuenta pesetas en billetes del Banco de Inglaterra, y una sola tarjeta con el nombre de Hamilton Fynes, litografiado. En los bolsillos del pantalón llevaba unas ocho ó diez libras esterlinas; después de esto, ni un objeto, ni una sola carta ni un solo indicio que pudiera ser de alguna utilidad a la justicia.

Se hizo el registro a conciencia, mirando los forros del traje, sin que se encontrara nada. Su reloj era un reloj sencillo y barato, la ropa blanca no estaba marcada, y sólo en la chaqueta se leía la etiqueta de un sastre de Nueva York.

Que entró completamente solo en el salón, no cabía duda, el guardafranco, el camarero, todos declararon que allí no había entrado persona alguna.

El maquinista aseguró que desde su salida de Liverpool hasta unos treinta kilómetros de Londres, había venido sin parar, a una velocidad mínima de sesenta kilómetros. Al llegar a Wittington, vió en los discos la señal de atención, y acortó la marcha, llegando en un momento casi a parar el convoy, y luego, ya al entrar en los terrenos de la estación, puso el tren a la velocidad reglamentaria.

Estas fueron las únicas ocasiones en que disminuyó la marcha. El camarero, hombre nerviosísimo, temblaba como el azogue, cada vez que le hacían una pregunta, y se imaginaba una porción de disparates.

El guardafranco, que ni un solo momento había abandonado su garita, tampoco vió nada, pero aquella noche, cuando se fué a su casa y se tumbó

(1) Jefatura y Centro policiaco de Londres.



en la cama, soñó que era una de las víctimas de esos horribles crímenes que se ven en los Museos de figuras de cera.

Los únicos alegres y satisfechos, eran los repórters de los periódicos y quizás también estaba contento en sus adentros el inspector Jacks á quien los asuntos difíciles le encantaban.

#### IV

##### UN HERIDO

A unos veinte kilómetros al Norte de Inglaterra, en un plantío de pinos y á pocos pasos de la carretera, yacía un hombre, que hasta allí había llegado, dando tumbos arrastrándose por entre el arbolado. Estaba cubierto de polvo, sin gorra, ni sombrero y los pantalones rotos por las rodillas, como si se hubiera dado una gran caída.

Era de estatura mediana, más bien bajo que alto, moreno, cuerpo fino y elegante y pelo negro. Su cara estaba lívida y en ella se veían señales de agudo dolor.

De vez en cuando se incorporaba, se apoyaba en el codo y escuchaba atentamente. La carretera estaba desierta.

Al cabo de algún rato, pasó un carro y el hombre arrastrándose se escondió al abrigo de un árbol, después pasó cantando una ciclista, y luego una joven pareja agarrados de la mano.

A alguna distancia se veían las luces verdes de los cruces de la vía. Cada dos ó tres minutos pasaba un tren de mercancías repartiendo á todos los puntos los productos de la gran metrópoli. El hombre temblaba cada vez que oía el ruido de un tren en marcha. Un ruido más fuerte llegó á sus oídos, era el tren correo de media noche que pasaba, y se agarró á las hierbas del suelo poseído de terrible pánico.

Luego disminuyeron los ruidos, y al acercarse la media noche, el silencio se hizo completo.

Algún que otro murmurio de la Naturaleza, el suave volar de las aves nocturnas, el casi imperceptible ruido de los insectos, era todo lo que llegaba al oído del desconocido.

La debilidad le agobiaba. Varias veces se desmayó creyendo morir. Empezó á dudar del sitio en que se encontraba. Cerró los

ojos y creyó oír el sonido de lejana música, y sentir aromas de flores. Perdía el conocimiento por momentos; apretó los dientes y cerró las manos con fuerza. Un nuevo desmayo.

Al cabo de algún tiempo creyó oír lejano ruido, ya no podía más; se arrastró hasta cerca de la cuneta del camino, y vió dos grandes ojazos de fuego y el "taf taf" de un automóvil lo percibió claramente. Haciendo terrible esfuerzo, medio se incorporó y levantó los brazos.

El vehículo paró enfrente de él y el que lo conducía saltó á tierra.

Cruzaron varias palabras; preguntas y respuestas, en un idioma extraño.

Cualquiera que los hubiera visto u oído, á pesar de no comprender el lenguaje, hubiera comprendido que eran amo y criado.

El chauffeur cogió al herido en sus brazos cuidadosamente y con gran cariño lo colocó en los almohadillados asientos del automóvil. Sacó un frasco de coñac é hizo beber un sorbo al herido.

El automóvil partió rápido.

Las ráfagas de aire fresco parecían que le daban la vida al desconocido,

que cerró los ojos. Cuando los abrió, el vehículo se había parado ante una puerta.

—El doctor—se dijo á sí mismo, al mismo momento que sonaba el timbre de la puerta.

El médico había tenido un día de prueba, visitando pacientes durante catorce horas seguidas, y como distracción y reposo estaba jugando á las cartas con unos amigos de la vecindad.

Al notificarle que un enfermo había llamado, y le esperaba en el despacho de consulta, no se hizo esperar, y sin terminar la partida comenzada, se levantó solícito dejando á sus amigos con las cartas en la mano.

Cuando el Dr. Spencer Whiles entró en el despacho, encontróse con un joven delgado, de mirada enérgica, con el traje destrozado, sentado en un sillón, con las manos caídas, pálido el rostro, y casi desmayado.



—¡Asesinado!—exclamó—. ¿Es posible?

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó el doctor—. ¿Algún accidente?

—Sí, señor, un accidente con un automóvil—dijo con voz agradable, pero en cuyo tono se comprendía á las claras el sufrimiento—. ¿Puede usted hacerme una cura mientras llevo á Londres?

El médico le miró atentamente.

—Vamos á ver—continuó—¿qué es lo que ha ocurrido?

—Yo iba en una bicicleta por la carretera. Creo que la culpa de lo ocurrido la tengo yo, por no llevar el lado del camino que debía. He chocado con el automóvil, y me ha atropellado. Tengo unos dolores horribles en el costado y en la rodilla. El automóvil está ahí fuera, en él he venido, pero antes de llegar á Londres desearía que usted me aliviara, pues sufro mucho.

El médico era un buen hombre, cariñoso y de buen corazón. Se olvidó de las cartas y de los amigos, y emprendió la cura del herido.

Durante media hora, vendó, limpió y desinfectó el magullado cuerpo del ciclista, y al terminar le ofreció una copa de coñac y un cigarro.

—Por ahora—dijo el doctor—ya es-

tá usted arreglado—. La herida de la rodilla es muy fea; pero no hay hueso roto.

—Me encuentro mucho mejor, gracias á sus cuidados—replicó el joven—. Voy á fumar un cigarrillo ya que usted me lo ofrece, pero le agradezco el coñac. No bebo; mil gracias.

—Como usted guste; ni le digo que hace bien, ni mal. Fume usted, que eso no le hará daño. Y, dígame: ¿sigue usted á Londres?

—Sí, señor—; replicó el enfermo—el automóvil está á la puerta, y no quiero hacerle esperar más tiempo. ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme lo que le debo?

El médico dudaba. En aquel pueblo de los alrededores de Londres, todo el mundo estaba igualado, y además ignoraba las condiciones del herido.

El joven echó mano al bolsillo, y le dijo:

—Sospecho que por mi aspecto, en este momento, no sea muy recomendable, pero puedo asegurarle que, afortunadamente, soy hombre rico. Lo que usted crea se lo pagaré con gusto, y además le quedaré muy agradecido.

—Pues lo que á usted le parezca. Un par de duros; lo que quiera.

—Eso es muy poco, y me permitirá que remunere un poco mejor sus buenos cuidados. Me encuentro ahora muy bien, gracias á usted. Buenas noches.

Los ojos del doctor brillaron de asombro al ver que el joven dejaba cuatro monedas de oro sobre la mesa.

—Así lo creo; eso no será nada; con la fibra y la energía que usted tiene, estará completamente bueno dentro de un par de días.

Condujo á su cliente hasta la puerta, le vió subir en el vehículo y desaparecer rápido, camino de Londres.

Después miró á su alrededor, y dijo para su capote:

—No he visto la bicicleta por ninguna parte, y en el automóvil no la llevaba. ¿Qué habrá hecho con ella?

#### V

##### LA SENORITA MORSE

Era un poco más de la hora acostumbrada del almuerzo en el Hotel Carleton, y el restaurant estaba de bote en bote. La orquesta acababa de terminar el primer número del programa. El público cesaba de entrar.

Una señorita joven y hermosa, que había estado como media hora en la sala de espera, se levantó, miró el reloj y se dirigió á la oficina del hotel.

—¿Puede usted decirme—dijo dirigiéndose al empleado— si para aquí el Sr. Hamilton Fynes? Ha desembarcado en Liverpool, y debe haber llegado aquí anoche ó esta mañana.

Preguntas semejantes se repiten cien veces al día en los hoteles, y no hay empleado que de ello se asombre. Sin embargo, el encargado, al oír la tal pregunta, abrió desmesuradamente los ojos, contestó, preguntando.

—¿Dice usted, señora, que espera al Sr. Hamilton Fynes, pasajero, del "Lusitania"?

—Al mismo; al Sr. Fynes, que me esperaba hoy aquí para almorzar con él. Si ha llegado, y está en su cuarto, pásele recado y hágale saber que aquí le espero.

Había en aquella oficina varias personas que escuchaban la conversación. El encargado salió de su pupitre, se acercó á la dama, é inclinándose al oído, la dijo:

—Dispénseme usted, señora, pero



# COSAS RARAS Y NUEVAS

El pequeño indio, cómodamente sentado en una hoja gigantesca, parece



## ALMADIA NATURAL.

que hace una de tantas cosas que nada tiene de particular. Y así es, en efecto, nada de extraordinario tiene en el país donde espontáneamente, crecen esas enormes plantas acuáticas con hojas grandes de varios metros de circunferencia.

No uno, varios niños podrían navegar en la almadia vegetal, con sólo cortar el tallo que las sujeta; pero resulta difícil, no por el tallo, sino porque donde crecen estas plantas están tan agrupadas, que casi cubren la superficie del agua.

Estas colosales plantas, se conocen con el nombre de "Victoria Regia", bautizadas así en honor de la reina Victoria de Inglaterra. En el palacio del gobernador, y en los jardines públicos de Madras, India inglesa, crecen con abundancia en los estanques y lagos.

Por término medio tienen de dos y medio á tres metros de diámetro, y pueden soportar pesos muy grandes. Los bordes de las hojas se doblan hacia arriba, y parecen enormes bandejas, grandes baños de esponja.

Pasan de veinte las Sociedades que hay en Suiza dedicadas á recoger colillas y vender el tabaco, cuyo producto se destina á fines benéficos.

Según datos oficiales, en los primeros años de su fundación, se obtuvo un beneficio de 31.250 francos en doce meses de recolección, y con este dinero se vistieron 1.726 niños pobres.

Hace cosa de unos cien años, se castigaba severamente la embriaguez en



## CASTIGO A LOS BORRACHOS

casi todos los países. En algunos, el castigo era verdaderamente original.

Cuando los agentes de la autoridad encontraban en la vía pública á un individuo que "no se podía tener en pie", lo metían en una tina colocada hacia abajo, dejando sólo fuera del "estuche" la cabeza del beodo, por una abertura dejada en la tapa, y el desgraciado, quieras que no, tenía que pasar la pitima de pie.

El espectáculo era público, pues se hacía en las plazas y mercados, y el infeliz, además de sufrir las torturas de la violenta posición, violentísima para un beodo, tenía que aguantar las cuchufetas, burlas é insultos de los transeúntes.

Unas gotas de limón echadas en el agua cuando se cuece arroz, darán á éste una blancura nítida é igual.

Dentro de breve tiempo, va á inaugurarse en París un Museo nuevo, que será uno de los más útiles.

## MUSEO DE HIGIENE

Es el Museo de Higiene, creado por deliberación del Ayuntamiento de París, y constará de siete secciones, á saber:

Primera. "Higiene urbana", que comprende la alimentación de aguas, alcantarillado, vías públicas, etc.

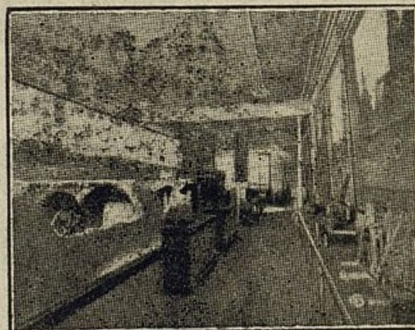
Segunda. "Higiene de la habitación", materiales de construcción, calefacción, alumbrado, mobiliario, etc.

Tercera. "Profilaxis de las enfermedades contagiosas", desinfección, vacuna, transportes y ambulancias, etc.

Cuarta. "Higiene de las colectividades", hospitales, hospicios, escuelas, cárceles, cuarteles, etc.

Quinta. "Higiene alimenticia", mercados, mataderos, conservas, etc.

Sexta. "Higiene de transportes", ferrocarriles, barcos, coches de alquiler y particulares, etc., y, por último, la séptima sección de "Higiene Social", que comprende todo lo concerniente á habitaciones baratas, lucha contra la



tuberculosis, el alcoholismo, protección de la infancia, gimnasia, etc., etc.

Los médicos no ignoran que el teléfono es causa de que se contraigan muchas enfermedades por el contagio.

## ENFERMEDADES POR EL TELEFONO

Un médico reputado dice que la desinfección y antiseptización del teléfono, constituye uno de los problemas más importantes de la salud pública.

Cada vez que una persona enferma ha usado el teléfono antes que nosotros, corremos el riesgo de que los gérmenes de la enfermedad se ceban en nosotros y contraigamos infinidad de males, la tisis entre otras varias.

En Alemania se ha comprendido la gravedad del caso, y ya se ha empezado á esterilizar teléfonos, y el director general de Comunicaciones de Londres, ha aprobado un método para evitar que las enfermedades se propaguen por el uso del teléfono.

Se conoce por el nombre de sistema fonota, y es el que tan buenos resultados ha dado en Alemania.

Al usar el teléfono, el receptor se humedece con el aliento, donde se depositan las bacterias de la enfermedad, desde el más ligero constipado á la tuberculosis.

El individuo que habla después, está expuestísimo á enfermarse.

El sistema de desinfección es sencillo, pues consiste en desarmar el transmisor y limpiarlo bien, primero con un cepillo fino, y después con un papel especialmente preparado, que se destruye al ser quemado una vez usado.

Ya hay compañías de desinfección que llevan por abono semanal 20 céntimos, por desinfectar el aparato.

Una nueva y curiosa invención moderna es el lápiz recién puesto á la ven-

## LAPIZ ELECTRICO



ta en algunas tiendas de París.

Es un lápiz que tiene la forma y el tamaño de un cigarro puro, y lleva en su interior, además de la mina, una pila seca.

Tiene, además, un pequeño botoncito, que al apretarlo, enciende una diminuta bombilla eléctrica, dispuesta de tal modo, que un potente reflector envía un rayo de luz sobre el papel en que se escribe.

De esa manera, el lápiz puede usarse en un cuarto oscuro, en un departamento de ferrocarril poco alumbrado, en los automóviles, etc., etc.

Hasta ahora se han hecho de níquel y de plata, y según tenemos entendido, su coste es relativamente barato.

El desgraciado Sr. Frank Scott de Kansas y su joven esposa, han logrado "batir un triste record".

Este matrimonio tiene trece hijos, todos menores de seis años.

Los seis mayores, son producto de los dos primeros partos, que fueron triples. Los tres primeros mellizos van á cumplir seis años y los otros tres cinco.

Después vienen dos gemelos de tres años, otros dos mellizos de dos años vienen detrás, y para terminar, en el último parto, hace dos meses, la señora de Frank Scott, echó al mundo tres robustas criaturas.

Total, trece angelitos. El nombre de todos ellos empieza con A. Si el Sr. Scott piensa llegar á la Z, por partidas de trece, cuando nazca Zabulón, habrá un regimiento de pequeños Scott.

La moda de llevar peinados en la forma monumental que representa el

## PEINADO MONUMENTAL



grabado, estuvo muy en boga, en Francia, durante el reinado de María Antonieta.

Como se comprenderá, todo el pelo trenzado y arreglado en ese monumento, no es de la portadora. La inmensa mayoría del peinado está hecho con pelo postizo y crepé, pero no por eso deja de ser una obra maestra, y el peluquero un verdadero artista.

Esa clase de peinado iba además adornado con ricas sedas y plumas carísimas, sobre todo de avestruz, que generalmente coronaban el remate del peinado. Por los lados subían guirnaldas de flores, verdaderos jardines pen-siles, y el total iba adornado con perlerías, broches de diamantes y largas sargas de perlas.

Un verdadero monumento.